

Margarita de Silly, señora de Gondi

La primera mujer que no pudo prescindir de Vicente de Paúl

Vicente de Dios Toribio, C.M.



Felipe Manuel de Gondi y Margarita de Silly

Silly-Gondi

Margarita de Silly y Felipe Manuel de Gondi se casaron el año 1600, el mismo año en que Vicente de Paúl era ordenado sacerdote. Tendrían aproximadamente la misma edad. No se conocían para nada, ni se parecían en absoluto. Pero los caminos de la vida y la mano de Dios los acercarán hasta una fuerte relación de entendimiento y colaboración.

Nada se dice en los libros de la vida de Margarita de Silly antes de su matrimonio en 1600. Era la hija mayor de Antonio de Silly, conde de Rochepot, doncel de Commercy, soberano de Euville, y de María de Lannoy, señora de Folleville. Los títulos nobiliarios eran en aquel tiempo tan usados y exhibidos que mejor nos ahorramos de enumerarlos de ahora en adelante. Sólo nombrar los poseídos por la familia Gondi llenarían vanamente varias páginas. En cualquier caso la familia Silly era una familia noble, aunque no tanto como la familia Gondi, ni mucho menos tan importante en la historia y la política del país.

Tampoco sabemos los detalles del encuentro de Felipe Manuel y Margarita. Como fuera se encontraron, se casaron y se amaron de verdad. Su domicilio estuvo en París, primero en la calle de Petits Champs y luego en la calle Pavée. Pero pasaban largas temporadas, al menos cuando las campañas militares de Felipe Manuel como general de las galeras lo permitía, en las residencias campestres que tenían en sus extensos dominios.

El primer Gondi que llegó a Francia, de Florencia a Lyon, se llamaba Antonio. Era banquero y sus intereses eran financieros. En Lyon se casó con una dama llamada María Catalina de Pierre Vive. Y, en un viaje de su paisana la reina Catalina de Medicis a Lyon, ésta simpatizó con ellos de tal manera que cambiaron la profesión de banqueros por la política. Y así empezó la saga francesa de los Gondi.

Antonio y María Catalina tuvieron dos hijos, fue la primera generación: Alberto, dedicado a las armas, y Pedro, dedicado a la Iglesia

De Alberto y Catalina de Clermont nacieron cuatro hijos varones y varias mujeres, fue la segunda generación: Carlos y Felipe Manuel, dedicados a las armas; y Enrique, el primer cardenal de Retz, y Juan Francisco, el primer arzobispo de París, a la Iglesia. Dos de las hijas de Alberto y Catalina fueron religiosas de la abadía de Poisy, pero la más conocida fue Carlota, por otro nombre marquesa de Maignalais y que, viuda a los veinte años, consagró su vida y fortuna a la religión y a la caridad.

Hubo una tercera generación, precisamente la de los hijos de Margarita de Silly y de Felipe Manuel de Gondi: tres varones, Pedro para las armas, Enrique para la Iglesia (murió prematuramente) y Juan Francisco Pablo, que tuvo que suceder a su hermano Enrique y que ha pasado a la historia con el celeberrimo nombre de cardenal de Retz.

Interludio primero – Clichy

Como los nobles de entonces no se privaban de nada mientras pudieran tenerlo, los más piadosos solicitaban tener en sus casas un capellán que cuidara los intereses religiosos de la familia y la servidumbre. Y ellos se lo pidieron a Pedro de Berulle, el sacerdote más famoso e influyente, amigo suyo. Y Pedro de Berulle escogió a Vicente de Paúl, un sacerdote ni famoso ni influyente, que había hecho en su vida un largo camino, totalmente fuera de las casas de los nobles, y que, con la dirección de Berulle, vivía una etapa de sanación y conversión interior. El último año de su vida, 1612, había sido párroco de Clichy y se había sentido totalmente feliz. Fue a esta parroquia porque se lo pidió Berulle y ahora el mismo Berulle le pedía que fuera de capellán a la casa de los Gondi-Silly.

Se supone que no fue de buena gana, pero fue. Y en esa casa, mucho más importante para su vida futura de lo que él se imaginaba, vivió dos etapas, de 1613 a 1617, y de 1618 a 1625, interrumpidas por su famosa escapada a Chatillon-les-Dombes.

Primer tiempo con los Gondi – La Misión (1613-1617)

En su primera etapa se dedicó a cumplir sus deberes de capellán y preceptor. Preceptor de dos niños, pues del tercero, recién nacido, no le tocaba ocuparse. Los dos mayorcitos, Pedro y Enrique, recibieron de él la iniciación en la lengua latina y los primeros conocimientos cristianos. Se ocupó también de la atención religiosa a los empleados de la casa. Y, como tenía que acompañar a los señores en sus desplazamientos a las aldeas de sus dominios, aprovechaba para catequizar, predicar y confesar a los aldeanos. También influyó en los mismos señores, como cuando consiguió que Felipe Manuel desistiera de batirse en un duelo, o comenzaba a moldear el espíritu de la señora, para que, en lugar de depender tanto de él, pusiera su mirada en los pobres y en las obras de caridad.

Para ello tuvo que ocurrir un acontecimiento, que resultó decisivo en la vida de Vicente y también en la de Margarita. Ocurrió en Folleville un día de Enero de 1617. Fue la confesión de un campesino en Gannes, una aldea cercana, y, a continuación, su confesión, esta vez pública ante sus vecinos, la señora de Gondi y Vicente, de que sus confesiones anteriores habían sido sacrílegas, por no haberse atrevido a decir sus pecados a los confesores de turno. La señora quedó aterrada, no podía imaginarse aquello. “¿Qué podemos hacer, qué remedio podemos poner?”, le dijo a su capellán. Y se pusieron a la obra. “Esta señora me pidió – diría más tarde Vicente – que tuviera un sermón en la iglesia de Folleville”. Y el miércoles 25 de Enero, fiesta de la conversión de san Pablo, Vicente predicó en Folleville un sermón sobre la confesión y el modo de hacerla bien. El resultado fue milagroso. Fueron tantos los que acudieron a confesarse que “la señora esposa del general rogó a los padres jesuitas de Amiens que vinieran a ayudarnos”. Llegaron el padre rector y luego el padre Fourché. “Fuimos luego a las otras aldeas que pertenecían a aquella señora por aquellos contornos y nos sucedió como en la primera. Se reunían grandes multitudes, y Dios nos concedió su bendición por todas partes. Aquel fue el primer sermón de la Misión y el éxito que Dios le dio el día de la conversión de san Pablo; Dios hizo esto no sin sus designios en tal día” (ES, XI-4, p. 700).

Un suceso complementario ocurrió también por entonces. “La señora generala de las galeras” (así solía llamarla Vicente cuando hablaba a terceros) se dio cuenta, al confesarse con un párroco, de que, a la hora de la absolución, sólo murmuraba algo entre dientes; la buena mujer

le pidió un día a un religioso que le diera por escrito la fórmula de la absolución y, ni corta ni perezosa, le daba el papel al confesor para que la leyese, pues no la sabía. “Cuando ella me lo dijo – recordaría Vicente –, me fijé y puse más atención en aquellos con quienes me confesaba y vi efectivamente que era verdad todo esto y que algunos no sabían las palabras de la absolución” (ES, XI-3, p. 95).

Sabemos que a Vicente no le satisfizo su primera estancia en el palacio de los Gondi. Sería por su añoranza de los días felices en Clichy. Sería porque el ser preceptor de unos párvulos no le iba. Sería porque aquel palacio no podía sustraerse del mundanal ruido y acogía personajes de la política y de la intriga. Sería porque algo en su interior le decía que su camino habría de ir por las sendas de Gannes o Folleville. El caso es que se nos dice que cuando estaba en palacio, se recluía como un cartujo y su semblante no daba muestras de felicidad, “presa de una especie de mal humor permanente y desagradable”. Hasta el punto de que la señora de Gondi tuvo poco menos que corregirle y del que se fue enmendando radicalmente con ayuda de la señora y sobre todo de un personaje que iba a aparecer pronto en su vida llamado Francisco de Sales.

Pero Vicente, aunque iba a escaparse de aquel palacio, tendría que hablar bien de aquellos años de 1613 a 1617, que lo centrarían en el camino que Dios le mostraba para toda su vida. Experimentó la miseria del pobre pueblo campesino y la ignorancia supina de gran parte del clero francés. Y compartió las dos experiencias con aquella mujer, aparentemente frágil, pero muy fuerte a la hora de la verdad. Escribe el mejor biógrafo de Vicente de Paúl: “Margarita de Silly fue sin saberlo la primera de las varias mujeres que influyeron poderosamente en la historia de nuestro hombre. Ella fue el instrumento de Dios para revelar al señor Vicente cuál era el verdadero camino de su vida sacerdotal, y en ese aspecto se podría decir que fue la mujer de influencia decisiva en su vida”.

Interludio segundo

Entre las primeras cartas de la correspondencia de san Vicente que conservamos aparecen cinco en relación con Margarita de Silly. La primera es de Vicente y en ella le comunica al señor de Gondi que se ha ausentado con la intención decidida de ejercer el ministerio parroquial donde se encuentra. La segunda es de la señora de Gondi a Vicente, una vez que su marido la ha informado de la que Vicente le ha enviado él. La tercera es de Vicente a la señora de Gondi, animándola a someterse a la voluntad de Dios. La cuarta es del señor de Gondi a Vicente con la esperanza de que el viaje que va a hacer Vicente a París, lo devuelva a su casa. Y la quinta es de Vicente a Carlos du

Fresne, secretario del señor de Gondi, en la que le dice que, en ese viaje a París, “según las luces que Dios le dé, tomará una decisión definitiva, de regresar a Chatillon, o de volver a la familia de Gondi” (ES I, cartas números 6 a 10).

Todas esas cartas están escritas en el breve tiempo de tres meses del año 1617. Obviamente la carta más interesante es la segunda, la de Margarita a Vicente, que es la única que podemos leer entera, las demás sólo son resúmenes, y que merece ser transcrita íntegramente:

“Septiembre 1617.

Señor

Razón tenía yo en temer perder su asistencia, como tantas veces le he testimoniado, ya que en efecto la he perdido. La angustia que por ello tengo me sería insoportable sin una extraordinaria gracia de Dios, que no merezco. Si sólo fuera por algún tiempo, no tendría tanta pena; pero cuando considero todas las ocasiones en que tendré necesidad de ser asistida, por dirección y por consejo, tanto en la muerte como en la vida, mis penas se renuevan. Juzgue, pues, si mi espíritu y mi cuerpo podrán largo tiempo soportar esas penas. Estoy en situación de no buscar ni recibir asistencia de ningún otro sitio, porque bien sabe que no gozo de libertad para las necesidades de mi alma con muchas personas. El señor de Berulle me ha prometido escribir a usted, y pido a Dios y a la Santa Virgen que lo devuelva a esta casa, por la salud de nuestra familia y de otras muchas, con las que podrá usted ejercer su caridad. Le suplico una vez más que la practique con nosotros, por el amor que tiene a Nuestro Señor, a cuya bondad me remito en esta ocasión, aunque con gran temor de no poder perseverar. Si después de todo me rehúsa, le cargaré ante Dios de todo lo que me suceda y de todo el bien que deje de hacer, privada de su ayuda. Me pone usted en la desventura de estar muchas veces privada de sacramentos, por las grandes desdichas que me afligen y las pocas personas que son capaces de asistirme. Bien sabe que el señor general tiene el mismo deseo que yo, que sólo Dios se lo da, por su misericordia. No resista al bien que puede hacer ayudando a su salud, para que él pueda ayudar algún día a la de otros muchos. Ya sé que, como mi vida no sirve más que para ofender a Dios, no es arriesgado ponerla en peligro; pero mi alma tiene que ser asistida en la muerte. Acuérdesse de la aprensión en que me ha visto durante mi última enfermedad en una aldea; estoy a punto de caer en un estado peor; y sólo el temor de ello me hace tanto daño que no sé si no me hará morir sin mi anterior buena disposición”.

Esta carta, a la vez maravillosa y sobrecogedora, revela el alma de aquella mujer, delicada y escrupulosa, exagerada en el recuento de sus debilidades, lúcida y a la vez obcecada hasta recurrir al chantaje para convencer al destinatario. Nos revela también al ascendiente espiritual

que el señor Vicente había ido adquiriendo en aquella casa y familia. Y no es difícil encontrar en ello la respuesta a su conducta, como él mismo lo expresó más tarde hablando a las Hijas de la Caridad: *“Cuando Dios quiso llamarme a casa de la señora generala de las galeras, yo miraba al señor general como a Dios, y a la señora generala como a la santísima Virgen; y no me acuerdo de haber recibido nunca sus órdenes más que como venidas de Dios cuando era el señor general el que mandaba algo, y de la santísima Virgen cuando era su esposa; no sé, por la gracia de Dios, que haya obrado nunca en contra de eso. Me atrevo a decir que, si Dios ha querido conceder alguna bendición a la Compañía de la Misión, creo que ha sido por la obediencia que siempre tuve para el señor general y su señora y por el espíritu de sumisión con que entré en su casa. ¡Gloria a Dios por todo ello, y para mí la confusión!”* (ES, IX, pp. 27 y 958).

Y para conocer aún más a Margarita de Silly, la señora de Gondi, véanse a continuación los testimonios de varios biógrafos suyos.

ABELLY, I, p. 52: *“Esta virtuosa señora, que buscaba el bien por encima de todo y que deseaba ardientemente procurarlo a su familia y a todos sus súbditos, quedó sensiblemente consolada por la gracia que Dios le había hecho con haberle dado a un sacerdote tal como ella lo había deseado, y en quien reconocía, además de las cualidades y disposiciones propias para la ejecución de sus buenos propósitos, una dirección sapientísima y una caridad perfecta para poder confiarse a él con toda seguridad”*.

COSTE, I, p. 50: *“Difícil hubiera sido hallar mujer más virtuosa. Su natural vivacidad inducía a impacencias que ella no tardaba en lamentar. Tan pronto como se descuidaba, arrodillábase aún ante sus domésticos y pedía perdón. Era su principal defecto la tendencia a los escrúpulos, defecto por el que sufría más su confesor que ella misma”*.

I, p. 52: *“Aunque su confesor quedó profundamente edificado de esta alma de élite, que aborrecía hasta la sombra del pecado, mucho le dio que padecer su tendencia a los escrúpulos. Queríale ella junto a sí en su casa, en sus viajes. Si se ausentaba, ya ella temía que un accidente, una enfermedad se lo arrebatare y aceleraba su regreso. Para combatir un apego tan excesivo, púsola Vicente de Paúl en relación con un excelente director de almas, de la orden de los recoletos, al cual se dirigía ella en ausencia de su confesor habitual”*.

CALVET, p. 47: *“La señora de Gondi era tan viva como su esposo y más nerviosa que él. De una imaginación en continua actividad, que le hacía ver como presentes el pasado y el porvenir a la vez, se atormentaba con el pasado por escrúpulos y con el porvenir por aprensión. Sumamente piadosa, hacía otras tantas obligaciones de todas y cada una de las inspiraciones de su noble corazón y se creía condenada porque no las*

cumplía. Estaba destinada a ser el tormento de sus directores, como lo era de sí misma. Observó primeramente al preceptor de su hijo, y así que hubo reconocido en él al hombre de Dios, se confió a él y le dio a guardar y conducir su conciencia. No fue ciertamente un cargo de absoluto reposo; fatigábalo ella con cuestiones muchas veces resueltas y quería tenerlo a su lado en todo momento, para poder recurrir a su ministerio no bien surgiese un nuevo escrúpulo. Vicente hacía su aprendizaje de director espiritual con un caso verdaderamente especial. Reverenciaba a la señora de Gondi, así como las gracias extraordinarias de que la veía colmada, pero parece que se sintió excedido por ella, así como por el aparato mundano de que la veía rodeada, y formó el propósito, ya en 1616, de evadirse y dejarla”.

HERRERA, pp. 92-93 y 101: *“Margarita de Silly – piedad angélica y corazón de oro – se olvidaba a veces de la mansedumbre; mas, al darse cuenta, se arrodillaba ante los mismos criados y les pedía perdón. Su principal defecto eran los escrúpulos, con que, además de atormentarse a sí misma, atormentaba a su confesor... En la casa de los Gondi Vicente no recibía sino atenciones y honores. La señora estaba como colgada de sus decisiones. Y lo peor era que estaba demasiado apegada a su dirección. Cuando él faltaba, la intranquilidad y la zozobra eran su tormento, y cuando, ella salía, tenía que acompañarla. Esto, además de impedir la perfección en ella, cortaba las alas a su celo... Y así planeó la fuga de la casa de los Gondi”.*

ROMÁN, p. 115: *“Los señores de Gondi empezaron a ver en su capellán como un hombre providencial, verdadero enviado de Dios para la salvación de su familia. La primera en darse cuenta de ello fue la señora. Margarita de Silly era un alma atribulada y compleja. Bella y delicada, con una belleza frágil como de dama de Ghirlandaio, era piadosa hasta el punto de preferir que sus hijos fueran antes santos del cielo que grandes señores de la tierra, como ella misma declaró al P. Berulle. Veía a Dios más como juez que como padre. Se atormentaba a sí misma y atormentaba a sus confesores con escrúpulos infundados...”.*

CORERA, pp. 33-34: *“Mujer bella, de carácter sensible, muy delicada de conciencia hasta llegar al borde mismo de los escrúpulos, profundamente religiosa, esposa muy fiel y madre muy cristiana, que no tuvo sin embargo demasiado éxito en la educación de sus hijos, padecía la tentación permanente de la inseguridad. Femenina hasta la exageración, no se creía capaz de vivir con independencia una vida espiritual sin apoyarse obsesivamente en un director espiritual”.*

MEZZADRI, p. 38: *“Si en los tiempos de Chatillon, la señora de Gondi había temido perderlo, ahora las cosas habían cambiado. La pobre señora había comprendido que no podía mortificar la generosidad del hombre de Dios. Si aún lo hubiese retenido junto a sí, Vicente hubiera permane-*

cido allí como un rehén. Para no perderlo completamente, pensó favorecer sus aspiraciones, dando su visto-bueno a la obra de las misiones. Estas deberían desarrollarse en las tierras de los Gondi. De este modo se aseguraba la obra de su estimado capellán”.

Segundo tiempo con los Gondi – La Caridad y la Misión (1618-1625)

Una mujer como Margarita de Silly no se iba a quedar con los brazos cruzados. Así lo cuenta Pierre Coste, insigne biógrafo del señor Vicente: “La señora de Gondi recomendó su asunto a las principales comunidades religiosas de París y envió un mensajero a Chatillon en los primeros días de octubre. Era éste un íntimo amigo el santo, Carlos du Fresne. Partió cargado de cartas: había una del cardenal de Retz, obispo de París, otra del señor de Berulle, otra de la señora de Gondi, otra de los hijos de ésta, de sus parientes próximos, de los principales oficiales de su casa, de doctores, de religiosos y de muchas otras personas de condición y de piedad...”. Imposible resistirse. Vicente se fue quebrantando y resolvió aconsejarse del padre Bence, superior del Oratorio de Lyon, y de Lyon partió a París, no sin antes despedirse de su parroquia de Chatillon entre los sollozos y el desconsuelo de sus feligreses.

Y el 24 de Diciembre de 1618 entraba Vicente por segunda vez en la casa de los Gondi. Dice Abelly, en su estilo, que la señora lo recibió “como a un ángel del cielo”. Pero aunque no sabemos cuáles fueron las palabras exactas que Vicente le dirigió, enseguida le dio a entender que este segundo tiempo en su casa iba a ser muy distinto del primero. No venía como preceptor, para eso le acompañaba un seminarista discípulo suyo, llamado Antonio Portail, que había conocido en Clichy. Él sería sólo el capellán. Ponía condiciones y la señora hacía concesiones. Para ella lo principal era que ya tenía cerca a su capellán y director. Pero además estaba dispuesta a empujarle y acompañarle en las obras que se propusiera.

Y las obras que se propuso fueron dos: la misión, que había iniciado junto con la señora en Folleville-Gannes el año 1617; y la caridad, que era constitutiva de su vida desde un día en Chatillon. Se conoce muy bien aquel momento. Se disponía el señor Vicente a celebrar misa un domingo cuando le avisaron de que una familia, en las afueras del pueblo, estaba en extrema necesidad, todos enfermos y sin que nadie los asistiera. Se lo expuso a sus oyentes en la homilía, y sus oyentes le hicieron caso. Cuando Vicente se puso en camino después para visitar a aquella familia, se encontró con una procesión de feligreses que iban y venían para ayudar. Y cuando él llegó y vio la cantidad de ayuda material que se iba acumulando, hizo el descubrimiento de que el

pueblo cristiano es muy generoso, pero también de que su generosidad carecía de organización. Y fue entonces cuando fundó el primer grupo de Señoras de la Caridad para salir, de la debida manera, al encuentro de la pobreza existente. Esta obra, naturalmente, tenía que continuar en Chatillon y la principal colaboradora de Vicente fue Margarita de Silly, la señora de Gondi. Entre los dos la fundaron en Villepreux, Joigny, Montmirail, y en casi todos los pueblos de las tierras de los Gondi. Cada Caridad contaba con un reglamento, redactado por Vicente, detallado, minucioso, ordenado tanto a la vida espiritual y comunitaria de las señoras, como a todos los detalles del servicio a los pobres o enfermos, las limosnas, los víveres, las medicinas. No hace falta decir que la señora de Gondi fue la más generosa proveedora de las caridades en que intervino. En el tomo X de las Obras Completas de Vicente de Paúl, la vemos como fundadora y miembro de las caridades de Joigny, Montmirail, Folleville, Courboin. Es la más insigne antecesora de las señoras de la caridad.

Y junto a la caridad las misiones. En realidad todas las misiones terminaban con la fundación de la cofradía de la caridad. La condición que puso Vicente al entrar de nueva cuenta en la casa de los Gondi, era la libertad total para dedicarse a las misiones en los pueblos campesinos de las tierras de los Gondi y para establecer en ellos las cofradías de caridad a la manera de Chatillon. Y es lo que hizo hasta la muerte de la señora y con su beneplácito, en 1625.

Este beneplácito llegó a tal punto que la señora se las arregló para asegurar la continuidad de aquella obra de misiones y caridades. Sabemos del “primer sermón de misión” en Folleville el 25 de Enero de 1617. Sabemos de las misiones que dio Vicente a título personal durante sus dos tiempos con los Gondi. Pero, para la señora de Gondi, aquello no bastaba. Había que asegurarlo. Ya antes, cuando Folleville – escribe Coste –, “la señora de Gondi concibió el proyecto de dejar un fondo de 16 mil libras a la comunidad que aceptase dar misiones se todas sus tierras cada cinco años”. Ella recurrió al padre Charlet, provincial de los jesuitas Vicente a Bourdoise y a Berulle, y como no encontraron a ninguna comunidad que lo aceptara, “la señora hizo de esta fundación el objeto de una cláusula testamentaria a favor del mismo Vicente, a quien dejaba la elección del lugar y medios de la misión”.

Ahora había llegado el momento de culminar la obra. Y, una vez más, la promotora fue la señora de Gondi. Vicente le atribuiría no sólo el capital para la obra, sino la inspiración que la había originado. El 17 de Abril de 1625 se reunían cinco personas en el palacio de los Gondi en la calle Pavée: dos notarios del Chatelet, los señores de Gondi (Felipe Manuel y Margarita) y el sacerdote Vicente de Paúl. Se trataba de la lectura y firma de un contrato. Y por aquel contrato, nacía en la Iglesia de Dios la Congregación de la Misión de san Vicente de Paúl. ¿De san Vicente de Paúl? Sí, desde luego. Pero también de Margarita

de Silly, señora de Gondi, “nuestra primera fundadora”, como la llamaba el señor Vicente cuando hablaba a sus misioneros. No era una cesión afectuosa de Vicente en homenaje a aquella gran mujer, era la pura verdad. Sin ella, la Congregación hubiera surgido en la Iglesia, pues el único fundador (también lo decía san Vicente) es Dios. Pero, de hecho, la “primera fundadora” fue Margarita de Silly, señora de Gondi. Los señores de Gondi dotaban a la criatura que estaba naciendo un capital social de 45 mil libras. Y un año antes, por mediación de los señores, su hermano el arzobispo de París, otorgaba a Vicente de Paúl la propiedad y el rectorado de un colegio mayor, el de los Buenos Hijos, del que tomó posesión Antonio Portail en nombre de Vicente el 6 de Mayo de 1624. Iba a ser la primera casa de la futura Congregación de la Misión.

Podía morir

Y una vez realizada su obra, Margarita podía morir. Había sido buena discípula de su director, pues da la impresión de que se había ido liberando de sí misma para entregarse a los pobres según el alma de Vicente. Y también en Vicente se puede adivinar un rápido progreso en santidad y madurez humana desde 1617 a 1625, en el cual acaso también tuvo parte Margarita de Silly. Se fue el 23 de Junio de 1625, apenas dos meses después de firmado el contrato fundacional, asistida por el señor Vicente, como siempre lo había deseado. Sólo tenía 42 años. También había deseado que el señor Vicente siguiera en su casa para atender a su marido y a sus hijos. Pero a Vicente, 44 o 45 años, le llamaba urgentemente la voz de su incipiente Congregación. Tuvo que ir a dar la noticia de la muerte de su esposa al general, que estaba en Marsella con sus galeras. Y también el general emprendió un nuevo camino poco después, entrando en el Oratorio de Berulle, donde se ordenó sacerdote. La amistad y la mutua ayuda de Vicente y la familia de Gondi perseveró siempre. “A Margarita de Silly debió el señor Vicente el haber encontrado el verdadero camino de su vida”.